

## Carta circular n. 22

### EL VALOR DE SER MENORES

(Segunda Parte de una serie)

Prot. N. 000732/03

*A todos los hermanos  
y hermanas  
de la Orden*

Queridos hermanos y hermanas,

#### “Aquel amor sin medida...”

- 1.1 La humildad abre los corazones humanos a la experiencia de la relación. San Francisco justamente dice que Dios es humildad porque nuestro Dios Trino por su misma naturaleza está en relación. La Trinidad se describe como una *libre comunión de personas sin dominación y sin privación*. Con la creación hemos entrado en íntima relación con la Trinidad: “*Al principio ya existía la Palabra, ... todo existió por medio de ella*” (Jn 1, 1-3). En Jesucristo esta relación se ha hecho familiar: “*A los que la recibieron los hizo capaces de ser hijos de Dios*” (Jn 1, 12). En la Encarnación “*Dios con profundo amor se inclina hacia nuestra bajeza y sume el fango de nuestra naturaleza en la unidad de su persona*” (S. Buenaventura, *Sermón II en la Natividad del Señor*, Opera Omnia, Ad Claras Aquas, MCMI, IX, p. 10).
- 1.2 La humildad se extiende hasta abrazar al otro. Se encuentra en fuerte contraste con la cultura dominante de nuestro tiempo, que pretende ejercer la libertad sin frenos del yo autónomo. Ser humildes y, al mismo tiempo, poderosos está en contradicción con la lógica de nuestro tiempo. Y cuando san Buenaventura habla del “humilde Salvador” que yace en el pesebre o es tendido sobre la cruz, habla no de la humildad de la humanidad de Jesús, sino de la de su **divinidad!** Este es el modo evidentemente de obrar del poder divino. El actuar divino es más semejante a la generosidad que conddivide el poder que a una mecánica eficiencia. Es el modo con el que un padre concede plenos poderes al hijo o a la hija. Es un real poder que cambia el corazón y la vida. Dios no domina nuestra humanidad. En Jesús, Dios la abraza. Es esta opción de ponerse en relación la que define la humildad de Dios. No hay contradicción entre el poder y la humildad de Dios: el poder de Dios es su humildad; la fuerza de Dios es su debilidad; la grandeza de Dios es su bajeza, como nos dice san Buenaventura (cfr. *Itinerarium mentis in Deum*, VI, 5). La humanidad no ha sido creada según la imagen de un Dios autocrático, dictador, que hace valer sus propios derechos, sino según la imagen de un Dios humilde, que se pone en relación. “*Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó*” (Gn 1, 27). La humildad expresa la naturaleza relacional de Dios. Del mismo modo la humildad expresa la naturaleza

relacional de nuestra humanidad. Ser humilde significa gloriarse del hecho de que hemos sido creados en el amor para vivir una relación de amor con Dios uno y Trino, que ha creado y redimido a nosotros y a todas las criaturas que participan de la vida. Francisco con claridad maravillosa comprende el plan que Dios tiene para sus criaturas como una familia de hermanos y hermanas. Y gozó de la intimidad familiar que este plan despliega... hermano sol, hermana luna, madre tierra, hermano fuego. Nunca se refirió a sí mismo como “Francisco”, sino siempre como “hermano Francisco”. Usa el término “hermano” con más frecuencia (360 veces) que ningún otro término, excepto el de “Señor” (410 veces). Francisco comprendió que “hermano” manifestaba mejor la relación de que Dios lo llamaba a vivir con cada criatura y con toda la creación.

- 1.3 En la Alverna, oró: *“que yo experimente en mi corazón...aquel amor sin medida en que tu, Hijo de Dios, ardías cuando te ofreciste a sufrir tantos padecimientos por nosotros pecadores”* (Tercera consideración sobre las llagas). La experiencia que tuvo del humilde Amor crucificado lo empujó a una más intensa relación con el mundo que lo rodea. *“Aquel amor sin medida”* hizo que Francisco, a pesar de sus muchas enfermedades, bajase de la Alverna, con el deseo abrasador de volver a los orígenes y de volver a empezar sirviendo a los leprosos. *“Aquel amor sin medida”* de la Alverna inspiró a Francisco a escribir su Cántico de las Criaturas. *“Aquel amor sin medida”* del Crucifijo purificó el corazón de Francisco y lo hizo hermano universal del leproso, del sol y de la luna, de nuestra hermana madre tierra y de toda la creación.
- 1.4 El genio espiritual de Francisco se puede comprender en la manera con la que fue capaz de personalizar la humildad llena de la compasión de la cruz y de dejarla en herencia como característica a cada uno de sus hermanos y, especialmente, como dimensión esencial de su fraternidad como tal. Es la minoridad, que consiste en la renuncia al poder que domina, la aceptación voluntaria del servicio humilde y la identificación con aquellos que son marginados por la sociedad prepotente de nuestros días, que nosotros tratamos de renovar en nuestra Orden con el Séptimo Consejo Plenario.

***“¿De qué discutíais por el camino?”*** (Mc 9, 33)  
*Renuncia al poder que domina*

- 2.1 *¿De qué discutíais por el camino?* (Mc 9, 33). El silencio que siguió por parte de los Apóstoles no era un silencio embarazoso, sino un silencio de profundo desacuerdo. Las palabras que preceden dichas por Jesús *“El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, que le darán muerte; después de morir, al cabo de tres días, resucitará* (Mc. 9, 31). Los Apóstoles no comprendían un tal Mesías. Por lo cual, continuando el viaje mesiánico hacia Jerusalén, discuten sobre quién tendrá el papel más grande en la liberación del pueblo hebreo. No se trataba de una mezquina lucha por el poder, se trataba de una discusión acerca del compromiso. Jesús comprendió claramente qué era lo que estaba en juego e intervino con fuerza: *“Si uno aspira a ser el primero, sea el último y el servidor de todos”* (Mc 9, 35). ¡Sus palabras iban dirigidas sobre todo a su propia persona!. Israel no será salvado por un nuevo rey davídico al frente de un ejército de liberación, sino por un siervo sufriente clavado sobre una cruz. Y reafirma lo dicho colocando un niño en medio de ellos y diciendo: *“Quien acoja a uno de estos niños en mi nombre, me acoge a mí. Quien me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me envió”* (Mc. 9, 36). El Mesías enviado por el Padre es débil como un niño. Para irradiar en el mundo su amor redentor lleno de compasión, Jesús tuvo antes que abandonar toda pretensión al amor que domina.

- 2.2 Planteándose con firmeza el seguimiento de Jesús, Francisco quiso, sin compromisos, que también los hermanos abandonen el poder que domina y controla. Su insistencia acerca de que los hermanos renuncien al poder autoritario es tan firme como su insistencia en que ellos renuncien a la riqueza: “Ninguno de los hermanos tenga **dominio alguno**, y menos entre ellos” (Rnb V, 12). “Los hermanos, donde quiera que se encuentren sirviendo o trabajando en casa de otros, no sean mayordomos ni cancilleres **ni estén al frente de las casas en que sirven; sino que sean menores y estén sujetos a todos** los que se hallan en la misma casa” (Rnb VII). “Los hermanos que van [entre los infieles]... **no promuevan disputas o controversias, sino que se sometan a toda humana criatura por amor de Dios**” (RnB XVI, 6-7). Como Jesús antes que él, Francisco reconoció que el poder que controla y domina es incompatible con la compasión. La renuncia a tal poder es condición indispensable y esencial para el amor redentor lleno de compasión.

**“Mirad a mi siervo a quien sostengo”** (Mt 12, 18)  
*Una vida dedicada al servicio humilde*

- 3.1 Con una progresiva serie de oposiciones entre Jesús y los escribas y fariseos, el capítulo 12 del Evangelio de Mateo crea un fuerte contraste entre la misión mesiánica de Jesús y el modelo de autoridad religiosa de Israel basado en el poder. Hacia mitad del capítulo Mateo aplica a Jesús las palabras del deuterio-Isaías: “**Mirad a mi siervo, a quien sostengo... En su nombre esperarán los paganos**” (Mt 12, 18.21). Mateo propone un modelo de cambio realizado a través del humilde servicio en lugar del cambio realizado a través del poder que se impone. El Evangelio de Juan trae el modelo completo: “[Jesús]... *se puso a lavarle los pies a los discípulos*” (Jn 13, 5). El cruce de palabras que Jesús tuvo con Pedro revela que se trata de algo más que de un simple gesto simbólico. Es un acto que redime: “*¡No me lavarás los pies jamás!... Si no te lavo, no tendrás parte conmigo!*” (Jn 13, 8). La Redención irrumpe en el mundo y actúa en el mundo en el servicio humilde y por medio del servicio humilde.
- 3.2 Tal vez ninguna otra imagen de Jesús llenó a Francisco de tanto entusiasmo como la imagen del Maestro que lava los pies a los discípulos. La toma como modelo de la autoridad y del servicio en su fraternidad: “*Y nadie sea llamado prior, más todos sin excepción llámense hermanos menores. Y lávense los pies el uno al otro*” (Rnb VI, 3-4). “*Los que han sido constituidos sobre otros, gloriense de tal prelación tanto como si estuviesen encargados del oficio de lavar los pies a los hermanos. Y cuanto más se alteren por quitárseles la prelación que el oficio de lavar los pies, tanto más atesoran en sus bolsas para peligro del alma*”(Am IV, 2-3). La compasión expresada a través del servicio humilde lleva en sí misma el poder transformador de la cruz de Jesús”.

**“No había sitio para ellos”** (Lc 2, 7)  
*Identificación con los rechazados y marginados de la sociedad prepotente*

- 4.1 “[María] dio a luz a su hijo primogénito... y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada” (Lc 2, 7). Desde su nacimiento en la humildad de un establo hasta su muerte como un desechado en la cruz, Jesús vivió como uno de aquellos para los que el mundo “no tiene sitio”. Al inicio de su ministerio público Jesús “fue conducido por el Espíritu Santo al desierto” (Lc 4, 1). En esta lucha interior de discernimiento, Jesús es guiado por el Espíritu Santo a rechazar decididamente un ministerio basado en el poder y en

la riqueza (cfr Lc 4, 1-12). Luego se nos presenta para anunciar su misión: *“El Espíritu del Señor... me ha ungido y me ha enviado a anunciar a los pobres... para proclamar la libertad a los cautivos”* (Lc 4, 18). En sus parábolas Jesús proclama quienes son los ciudadanos de su nuevo reino: *“Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y tráete a pobres, lisiados, ciegos y cojos”* (Lc 14, 21). Su misión lo condujo hacia todos aquellos que *no tenían sitio* en la poderosa sociedad de su tiempo. En el capítulo 12 del Evangelio de Juan, Jesús se identifica con esta comunidad de pobres y humildes. Cuando Judas en Betania se opone porque Jesús es ungido con perfume de nardo diciendo que el dinero recaudado con la venta de aquel valioso perfume hubiese sido mejor repartirlo entre los pobres, Jesús contestó diciendo que Él es el pobre y que María lo ha ungido con perfume para el día de su sepultura como pobre y marginado. (cfr. Jn 12, 1-7).

- 4.2 Como Jesús antes que él, también Francisco *“fue conducido por el Espíritu al desierto”* (Lc 4, 1). Esto sucede durante los largos meses de su experiencia de conversión, cuando vivió con los leprosos y los desechados de la sociedad. Este fue su desierto. El resultado de su discernimiento se hace evidente en el encuentro con el obispo de Asís. Francisco rompe definitivamente con todo un estilo de vida y de existencia. Francisco *“dio un salto hacia abajo”* dentro de la escala social. Visible y públicamente abandonó su posición social. Esta opción estuvo inspirada por Jesús: *“Recuerden que nuestro Señor Jesucristo... fue pobre y huésped y vivió de limosna tanto Él como la Virgen bienaventurada y sus discípulos”* (Rnb IX, 3-5). El abrazo de Francisco de la pobreza evangélica fue una opción de relaciones sociales más que una opción de pureza ascética. Cuando exhorta a sus hermanos a ser sencillos en su forma de vestir, observa: *“Los que visten con lujo y viven entre placeres... en las casas de los reyes están”* (Rnb II, 14).

***“Ellos le tenían miedo, pues no creían que fuera discípulo”***  
(At 9, 26)

- 5.1 El Espíritu Santo, vínculo de unidad entre el Padre y el Hijo, nos empuja a la relación. El Espíritu Santo puso la creación en relación con la Trinidad: *“la tierra era un caos informe... y el Espíritu del Señor se cernía sobre la faz de las aguas”* (Gn 1, 2). *“Dios... sopló en su nariz aliento de vida”* y el hombre se convirtió en un ser vivo” (Gn 2, 7). El Espíritu Santo ha establecido este especial vínculo familiar entre la humanidad y la Trinidad mediante la Encarnación: *“El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Aquel que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios”* (Lc 1, 35). El Espíritu Santo determinó la misión de Jesús. Al comienzo de su ministerio público durante el bautismo de Juan en el Jordán *“bajó sobre Él el Espíritu Santo en figura corpórea de paloma”* (Lc 3, 22). Fue por obediencia al Espíritu Santo la causa por la que Jesús rechazó un ministerio basado en el poder y en la riqueza, abrazando desde el inicio el camino de la humildad, que lo llevaría a la cruz. Y es mediante la obediencia al Espíritu Santo el motivo por el que nosotros llegamos a ser discípulos y abrazamos el camino de la humildad a imitación de Jesús.
- 5.2 El Espíritu Santo, vínculo de unidad entre el Padre y el Hijo, “es el ministro general de la Orden”. Por eso *“la obediencia caritativa, que caracteriza a nuestra fraternidad, por la cual los hermanos están el uno al servicio del otro”* (Const 84, 2), nos empuja a la comunión. *“Dóciles al Espíritu Santo, en comunión fraterna de vida, indagemos y cumplamos la voluntad de Dios en cualquier acontecimiento y acción”* (Const 155, 3). La obediencia caritativa trata de establecer *una comunión libre de hermanos en la que no exista ni dominación ni privación.*

- 5.3 La *obediencia caritativa* forma una comunión de hermanos en la que no existe dominación. Es interesante ver cual es la fuente de la autoridad de nuestra Orden según las Constituciones. El servicio es la primera y primaria fuente de autoridad. *“Cristo no vino a ser servido sino a servir; para demostrarlo, lavó los pies de los apóstoles... Por eso los ministros...sirvan a los demás hermanos”* (Const 156, 1-2). La segunda fuente de autoridad es la coherencia de vida. Los ministros deben practicar lo que predicán: *“Los ministros...presidan sus fraternidades con caridad, poniéndose de buen grado como ejemplo de las mismas”* (Const 157, 1). En tercer lugar un ministro hace derivar su autoridad de su capacidad para escuchar a los hermanos y para dialogar con ellos: *“Con espíritu evangélico (los ministros) dialoguen gustosos... con los hermanos y acepten sus consejos* (Const 157, 4). Finalmente, cuando cualquier otro medio no es suficiente, el ministro encuentra autoridad en su cargo: *“Compete a los ministros, por razón del cargo, tomar la última decisión”* (Const 157, 4).
- 5.4 La *obediencia caritativa* forma una comunión de hermanos en la que no existe privación. San Buenaventura usa el término *“cohesión”* para describir esta dimensión de la comunión de la Trinidad. Con él se indica una inefable intimidad de vida en la Trinidad. Las Personas divinas *“se mueven una dentro de la otra”* en comunión de amor. El término griego *“perichòresis”* es quizás mucho más atrevido, en el sentido de que sugiere el bailar uno alrededor del otro, como si de una divina coreografía se tratase. Es ésta mutua y respetuosa colaboración en los dones lo que la *“obediencia caritativa”* trata de establecer entre los hermanos mediante el servicio de la fraternidad, de la Iglesia y del mundo. *“Por lo tanto, todo el que envidia a su hermano por el bien que el Señor dice o hace en él, incurre en un pecado de blasfemia, porque envidia al Altísimo mismo que es quien dice y hace todo bien”* (Am VIII, 3). *“Dichoso aquel siervo que no se enaltece más por el bien que el Señor dice y obra por su medio, que por el que dice y obra por medio de otro”* (Am XVII, 1). *“Dichoso el siervo que no se tiene por mejor cuando es engrandecido y enaltecido por los hombres que cuando es tenido por vil, simple y despreciable, porque cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más”* (Am XIX, 1-2). En un sermón sobre Pentecostés san Antonio afirma que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles y sus discípulos como lenguas de fuego separadas. San Antonio hace notar que en la comunión de la Iglesia primitiva estas lenguas de fuego se unieron para formar un río de fuego que invadió el mundo. Reflexionando sobre este sermón, me viene a la mente el recuerdo de las lamparillas que se ven durante las cálidas noches de verano en Canadá. Las lamparillas brillan en la oscuridad. El Espíritu Santo continúa descendiendo sobre nosotros como lenguas separadas de fuego, concediéndonos una multiplicidad de dones. Con frecuencia sucede que, como las lamparillas de las noches de verano canadienses, estos dones iluminan durante un breve tiempo y luego, con la misma rapidez, desaparecen. La *“obediencia caritativa”* es respetuosa de todos los dones de la fraternidad. Cuando la *“obediencia caritativa”* dirige los dones de la fraternidad hacia el crecimiento de la comunión, tales dones se unen para formar un *“río de fuego”* que lleva la verdad del Evangelio al mundo.
- 5.5 El capítulo local ha llegado a ser parte de nuestra cultura capuchina sólo en el tiempo posterior al Concilio Vaticano II. La razón está en el hecho de la reapropiación de nuestro carisma fraterno en el ámbito de la eclesiología de comunión del Vaticano II: *“Fomentemos el diálogo entre nosotros, intercambiando confiadamente las experiencias y manifestándonos las necesidades. Además, estemos todos penetrados del espíritu de fraterna comprensión y sincero aprecio”* (Const 84, 2). Una fraternidad concebida como comunión no puede existir sin el diálogo y la estima mutua. Es exactamente en este contexto donde las Constituciones colocan el capítulo local: *“Particular interés se tenga por el*

*capítulo local, que es un instrumento privilegiado para promover y manifestar el crecimiento y lo específico de nuestra vida en la comunión fraterna*” (Const 84, 2). El mismo artículo de las Constituciones continua subrayando que el capítulo local no es un ejercicio de democracia directa sino la más alta expresión de obediencia. *“En él se manifiesta muy bien la obediencia caritativa, que caracteriza nuestra fraternidad”* (Const 84, 2). La “obediencia caritativa” nos lleva a ponernos a la escucha los unos de los otros y a servirnos con amor: en el capítulo local *“los hermanos están el uno al servicio del otro, se estimula la creatividad de todos y los dones de cada uno están al servicio de todos”* (Const 84, 2). Todo esto viene de nuevo confirmado en el capítulo VIII de las Constituciones: *“Compete al capítulo local... vigorizar el espíritu fraterno, promover la conciencia de todos los hermanos en función del bien común, dialogar sobre todo lo relativo a la vida fraterna”* (Const 142, 2). Mientras estaba reflexionando sobre el capítulo local, me sucedió leer estas palabras de los Hechos de los Apóstoles: *“Al llegar a Jerusalén, (Pablo) intentaba unirse a los discípulos, pero ellos le tenían miedo pues no creían que fuera discípulo”* (At 9, 26). Tres años después de su conversión, Pablo continuaba infundiendo temor en la comunidad de Jerusalén. Pablo ya no arrestaba a los cristianos, pero ellos aun temían en él aquel poder de dominación. Existía el temor de que Pablo hubiese sustituido una ideología por otra. *“No creían que fuese discípulo”*. Para ganarse la confianza de la Iglesia de Jerusalén, Pablo tenía que demostrar que él también estaba sometido a la obediencia. Cuántos capítulos locales fallan porque uno o más hermanos llegan con toda una lista de condiciones y de preguntas, decididos a enseñar y a dominar a los hermanos más que a escucharlos y a demostrarles su estima. ¿Cómo se pasa de la desconfianza a la confianza? Como vemos en la vida de Pablo, es un camino difícil. La confianza no puede cultivarse directamente. La confianza crece entre los hermanos cuando manifiestan respeto uno hacia el otro. Tal respeto es el fundamento de la confianza y de la *“obediencia caritativa”*. Si no se cultiva el respeto del uno hacia el otro, la confianza no crecerá. La atmósfera del capítulo local es un excelente test indicador del espíritu de minoridad de la fraternidad: *“Igualmente, a este propósito, ninguno de los hermanos tenga **potestad o dominio**, y menos entre ellos”* (Rnb V, 9). Deseamos que el VII CPO pueda renovar entre nosotros el espíritu de la *“obediencia caritativa”*, de modo que nuestras fraternidades sean verdaderamente *una libre comunión de hermanos sin dominio alguno y sin privación*, estando al servicio los unos de los otros, de la Iglesia y del mundo.

### ***“El hermano Francisco promete obediencia...”***

(Rnb I, 3)

- 6.1 El inicio del siglo XIII estuvo caracterizado por un gran número de movimientos eclesiales que tendían a la reforma y a la recuperación de la sencillez evangélica. En las palabras que comienzan la Regla, Francisco une la búsqueda de la pureza evangélica con la “obediencia y reverencia” hacia la autoridad de la Iglesia. *“La Regla y vida de los hermanos menores es ésta: guardar el santo evangelio de nuestro Señor Jesucristo”*. E inmediatamente después Francisco afirma: *“El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio... y a la Iglesia Romana”* (Rnb I, 1-2). Este principio básico distingue el movimiento iniciado por Francisco de la mayoría de los otros movimientos eclesiales de su tiempo. Francisco tuvo la intuición de que el Evangelio estaba inspirado y había nacido en el ámbito de la comunidad cristiana y que puede encontrar su verdadera comprensión y su verdadera realización sólo en la obediencia a esta misma comunidad. La obediencia a la autoridad de la Iglesia garantizaba la autenticidad de su carisma evangélico. En su Testamento Francisco insiste que los hermanos sean verdaderamente “católicos” (Test 31). La misma obediencia fue una dimensión esencial del ministerio de humildad que él

desarrolló en la Iglesia como respuesta a la invitación de Jesús: “Ve y repara mi Iglesia”. Francisco, que pidió a sus hermanos “*que se sometan a toda humana criatura por Dios*” (Rnb XVI, 6), comenzó lógicamente con estar “*siempre sumisos y sujetos a los pies de la misma santa Iglesia*” (Rb XII, 4).

- 6.2 Encontramos otras dimensiones de su ministerio de humildad en la Iglesia en su Testamento, donde pide a sus hermanos que “*no se atrevan a pedir alguna letra en la curia Romana...ni para la iglesia, ni para otro lugar, ni con pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos*” (Test 25-26). Esta prescripción es una consecuencia de la misión de Francisco en la Iglesia. Decidido intencionadamente a crear una *libre comunión de hermanos sin dominio y sin carencias*, que debería ser fuente de comunión para la Iglesia, rechazó toda posición de autoridad que de algún modo pudiese oscurecer una tal misión. Fue su intención que los hermanos estuvieran sometidos a la autoridad de la Iglesia, pero que no participasen de tal autoridad. Esto no se basaba sobre la desconfianza hacia la autoridad de la Iglesia, sino en la idea de que su fraternidad estaba llamada a construir la comunión de la Iglesia de otra manera. Una tal insistencia era también reflejo de la intención de Francisco acerca del lugar que su fraternidad debía ocupar en la Iglesia. Francisco trató de renovar la comunión de la Iglesia identificándose con aquellos que ocupan un puesto privilegiado en el Reino: “*los pobres, lisiados, ciegos y cojos*” (Lc 14, 21). Sobre este punto Francisco insiste mucho. “*Yo mando firmemente por obediencia a todos los hermanos...*” que no busquen especiales privilegios ni siquiera en la Iglesia.
- 6.3 El Testamento aun incluye otra consecuencia de la misión escogida por Francisco en la Iglesia: “*Y a estos (los sacerdotes) y a todos los demás quiero temer, amar y honrar, como a mis señores, y no quiero en ellos considerar pecado*” (Test 8-9). Francisco no estaba ciego con respecto a los pecados del clero. Sin embargo, no quiso que los pecados del clero sirvieran de impedimento a su visión sobre la presencia viva de Cristo en su Iglesia: “*Y por esto lo hago, porque nada veo corporalmente en este mundo del mismo altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y su santísima sangre, que ellos reciben y ellos solos administran a los otros*” (Test 10-11). Y es precisamente esta misma fidelidad a la presencia viva de Cristo en su Iglesia la que empuja a Francisco a prometer al Papa no sólo obediencia sino **reverencia**. Además, la exclusión de posiciones autoritarias en la Iglesia no le fue impuesta a su Orden, fue libremente elegida. Y efectivamente fue pedida al Santo Padre como un precioso privilegio. Fue el camino elegido por él para la reforma. En consecuencia, Francisco rechazó criticar a aquellos que aceptaban una tal responsabilidad. Era como si hubiese decidido que las piedras recogidas para el proyecto de san Damián hubiesen sido piedras vivas, creativas para edificar una comunión modelo, no proyectiles para ser arrojados sobre las ventanas de los demás. También ésta es una característica que define la *libre comunión de hermanos sin dominio y sin carencias*.
- 6.4 “*El hermano Francisco promete obediencia y reverencia al señor papa Honorio... y a la iglesia Romana*” (Rb I, 1-2). La claridad y la coherencia con que Francisco abraza la minoridad en la Iglesia constituye un reto para la Orden a descubrir hoy con frescura aquel mismo valor evangélico. Entre tantas llamadas a los cambios y a las reformas en una época de descrédito de todas las estructuras y autoridad, la actitud de Francisco y sus directivas nos invitan a renovar nuestro espíritu de reverencia hacia los cargos de autoridad en la Iglesia. Al mismo tiempo, el VII CPO constituye para la Orden un momento privilegiado para reflexionar sobre la experiencia del siglo pasado. La aceptación entusiasta por parte de la Orden de la expansión misionera de la Iglesia ha traído muchas bendiciones para la humanidad, la Iglesia y la Orden. Sin embargo nos ha comprometido muy profundamente en el ministerio de autoridad de la Iglesia. Pero, ¿Cuán profundo puede aun ser nuestro

compromiso en los ministerios institucionales de la Iglesia sin dejar de perder nuestro testimonio de minoridad?

***“Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor”***

(Cántico de las Criaturas, 10)

7.1 “No existe paz sin justicia, no hay justicia sin perdón” (Juan Pablo II, Jornada mundial de la paz, 1 de enero del 2002, par. 15). Este fue el punto central del mensaje del Papa Juan Pablo II a los representantes de las religiones del mundo reunidos en Asís para orar por la paz el 24 de enero del 2002. Es un mensaje en el que el mundo no cree ni acepta. ¡Primero justicia, después perdón! Esta es la lógica de nuestro tiempo. Es una lógica que ha producido continuas luchas. Es una lógica que pretende justificar el terrorismo como instrumento de justicia. Pero las relaciones no pueden imponerse. El Papa, de manera sintética, proclama la lógica de la cruz. La justicia brota de relaciones purificadas y renovadas. Sin relaciones purificadas y renovadas, no puede haber justicia. Sin perdón y reconciliación no hay relaciones renovadas. *“Dios nos demostró su amor en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Rom 5, 8). La cruz es el punto central para la reconciliación de Dios con la humanidad: *“Dios estaba, por medio de Cristo, reconciliando el mundo consigo”* (2 Cor 5, 19). Además, con la sangre de la cruz, Jesús ha establecido una paz histórica: *“Él es nuestra paz...derribando el mundo divisorio, la hostilidad... creando así en su persona de dos una sola y nueva humanidad”* (Ef 2, 14-15). En la cruz la Iglesia tiene su misión: *“Dios... nos encomendó el ministerio de la reconciliación... Somos embajadores de Cristo... Dejaos reconciliar con Dios”* (2 Cor 5, 18.20). Pablo señala con firmeza que esta reconciliación es la paz histórica basada en la justicia. *“Al que no supo de pecado, por nosotros los trató como a pecador, para que nosotros, por su medio, fuéramos inocentes ante Dios”* (2 Cor 5, 21). Francisco comprendió bien el mensaje de la cruz. Hacia la mitad del Cántico de la Criaturas, pide: *“Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor”* (10). Francisco alaba a Dios por aquellos que perdonan, porque sólo el perdón puede restablecer la relación de hermanos/as, a la que Dios nos llama a vivir en la tierra. La relación de hermanos/as restablece la justicia. Por medio del amor sin medida de la cruz, Jesús ofrece el modelo y da la fuerza divina. El amor sin medida del Crucificado puede superar todos los obstáculos para restablecer relaciones. El restablecimiento de las relaciones lleva a la justicia. ¿No podría suceder que las relaciones purificadas de hermanos/hermanas abran nuestro corazón a la experiencia *“¡Abba, Padre!”* (Rom 8, 15), permitiéndonos aceptar y expresar la autoridad, “paternidad”, sin sospechas o miedos? Una autoridad patriarcal, despótica, inspira sólo odio y miedo, viciando desde la base la comunión de vida que existe en la Santa Trinidad. Una autoridad generosa, liberadora, de “padre”, abre los seres humanos a compartir el amor sin miedo. En nuestro mundo existe hoy una necesidad extrema de esta “paternidad”.

7.2 El V CPO, celebrado en Garibaldi en Brasil en 1986, sintetiza la visión franciscana de justicia, paz y respeto por la creación con estas palabras:

“Francisco nos ha transmitido un carisma especial a favor de la paz, de la justicia y de la naturaleza. El punto de vista del pobre es el lugar privilegiado desde el que un hijo de Francisco ve y proclama los valores. La reconciliación y el respeto hacia la creación son los medios que Francisco nos propone para llegar a la verdadera paz y a la armonía. Esto forma parte integrante de nuestra vocación franciscana” (V CPO, 86).

La reconciliación es una dimensión esencial de nuestro trabajo por la paz, la justicia y el respeto hacia la naturaleza. El Capítulo general del 2000 ha pedido un esfuerzo renovado por parte de la Orden de dar una expresión concreta a esta visión. Como primera respuesta a la petición del Capítulo, en febrero del 2004 en Addis Abeba se celebrará un congreso con el tema: “Fraternidad y Etnicidad”. Será una ocasión para reflexionar como *una libre comunión de hermanos sin dominación y sin carencias* puede convertirse en un modelo catalizador para restablecer relaciones justas y pacíficas entre los pueblos de diferentes culturas. Oremos para que la profunda reflexión del VII CPO sobre el ministerio de la humildad en el mundo haga posible en la Orden el abrazar con mayor claridad y compromiso, la esperanza y la visión del V CPO.

- 7.3 Con la experiencia de “aquel amor sin medida” del Crucificado, Francisco descendió de la Alverna lleno de ardiente deseo de volver a su inspiración original, esto es de servir a los leprosos. La Orden debe hacer constantemente la misma cosa, debe constantemente esforzarse por reidentificarse a sí misma con aquellos a los que la sociedad “*no ofrece puesto alguno*”. El VI CPO nos da la visión de una “economía fraterna”, que conduce a la comunión, como alternativa a la economía global fundada sobre la coherencia y sobre la concentración de la riqueza, que lleva a la división y a la lucha (cfr. Carta Circular, n, 15, par. 4-6). Los principios operativos de la economía fraterna son la participación, la transparencia y la solidaridad. Estos principios deben conducir a la reforma de las obras sociales de nuestra Orden, en el modo de dar fuerza a los pobres y a los humildes en vez de dominarlos, de unirlos en solidaridad en vez de dividirlos en competencia en beneficio nuestro. El VI CPO, hablando de nuestro servicio a los pobres, declara:

“La solidaridad no es ante todo dar cosas a los demás, sino que es interdependencia mutua y fraternidad. La cultura de la solidaridad crea nuevos modos de entender y de vivir las relaciones con los demás” (Prop. 22).

Estos “nuevos modos de entender y de vivir las relaciones” con los pobres pueden surgir cuando los principios de la economía fraterna -- participación, solidaridad y transparencia -- crean servicios que dan fuerza a los pobres con relaciones *sin dominación y sin carencias*.

## Conclusión

8.1

“Se comprende que la **minoridad** haya sido para la Orden de san Francisco la parte humanamente menos grata de la herencia legada por el fundador, **la primera en ser olvidada**... Y puede afirmarse históricamente que toda la enmarañada problemática que, luego de la muerte del santo, se suscitó... en torno a la pobreza... se debieron solamente al empeño imposible de los hijos de san Francisco de querer ‘ser pobres’ sin tener valor para seguir ‘siendo menores’” (L. Iriarte, *Vocación franciscana*, Centro de Propaganda, Madrid 1971, pp. 124-125).

*¿De qué discutíais por el camino? (Mc 9, 33).* Lázaro Iriarte afirma que inmediatamente después de la muerte de san Francisco, la primitiva fraternidad franciscana se comportó exactamente como los Apóstoles. Incapaces de pensar en un cambio sin contar con el poder que domina, buscaron abrazar la pobreza de Francisco, tranquilamente ignorando la minoridad. Cosa que Lázaro declara el “compromiso imposible... de ‘ser pobres’ sin tener el coraje de ‘ser menores’”. En consecuencia, la pobreza, que Francisco pretendía que protegiese la minoridad, se convierte en lucha por el poder y su control. Como los Apóstoles antes que nosotros, también nosotros franciscanos restamos confusos ante la petición de abandonar cualquier poder que domine, incluso si se trata del poder que parezca tener la capacidad de transformar la vida.

Como Francisco, también nosotros debemos descubrir “***el valor de ser menores***”, actuando con modos modestos que pueden aparecer insignificantes. No necesitamos una gran estrategia para cambiar las estructuras de poder del sistema económico y político del mundo, porque Dios también se alegra cuando retorna a Él un pecador arrepentido. Desde un punto de vista estadístico, esto no interesa mucho en un mundo poblado por millones de personas. Sin embargo, para el Señor, los números parece que no cuentan mucho. Parafraseando el dicho de Francisco, comencemos al menos a servir a Dios en humildad, porque hasta ahora bien poco hemos hecho.

Fraternalmente,

Fiesta de San Francisco de Asís  
4 de octubre del 2003-10-03

fr. John Corriveau  
Ministro general OFMCap.